

corte á todo género de licencias; perdió muy pronto las pocas gracias que debía á la naturaleza; y hambrienta, casi desnuda y enferma, cayó una noche de Enero sobre un montón de basura en un rincón de una plazuela, y allí se recogió al amanecer su rígido cadáver.



AL AMOR DE LOS TIZONES.

PORQUE *hace* música, y literatura, y política, y sorbe *tes dansants* y *chocolates bulliciosos*, y juega al *ecarté*... y á la banca en los salones, piensa la gente del «gran mundo» que ella sola sabe sacar partido de las largas noches del invierno. Llenas están las columnas de la prensa periódica de almibaradas revistas y hasta de poemas *garapinados* que me lo hacen creer así. Pero la gente susodicha y sus melifluos infatigables salmistas se equivocan de medio á medio, como voy á demostrarlo con hechos, que son argumentos sin vuelta ni revés; y con hechos que no han de proceder de la vida y milagros de la benemérita clase media que, por horror innato á su propia medianía, vive en perpetuo remedo aristocrático; ni tampoco de los anales de los sabañonudos gremios horteril, especie-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ro y consortes, rebaño que ya viste frac, toma sorbete y baila con guantes los domingos, y forcejea y suda por eclipsar el brillo social de la clase media. Para que el éxito de mi tarea sea más completo, he de buscar los hechos prometidos en una esfera mucho más distante, en grado descendente, de la en que reside la encopetada jerarquía que, por no saber en qué dar, da con frecuencia en vestirse de estación, y de nube, y de astro... y de no sé cuántas cosas más; he de buscarlos, repito, entre los más sencillos aldeanos del más apartado rincón de la Montaña, contando, por supuesto, con que sabrán otorgarme su indulgencia aquellos señores del buen tono por el crimen de lesa etiqueta que cometo al oponerles, siquiera por un instante, un parangón tan grosero, tan inculto, tan cerril.

Y hecha esta importante salvedad, dejo al arbitrio del más escrupuloso lector la elección del pueblo... ¿Ese? Corriente.

Treinta casas tiene; se divide en tres barrios, y en cada uno de ellos hay un acabado modelo de lo que yo necesito: una *hila*.

Fijémonos en cualquiera de las tres, á la casualidad: en la del tío Selmo Lombío.

Selmo, ó Anselmo Lombío, es un pobre labrador que á duras penas cosecha maíz para todo el año; por consiguiente, no es siquiera lo

que se llama un hombre *acomodado*. Pero no ha conocido jamás el mal humor, no tiene vicios ni cosa que se le parezca, ni, lo que siente mucho, hijos que le pidan pan, no obstante llevar más de treinta años unido en legítimo matrimonio á tía Ramona Maizales, cuyo carácter parece cortado por el mismo patrón que el suyo.

Ambos profesan y predicán, con más fe cada día, la máxima de que «la *gente humana* ha nacido para la *comunicancia* y *parcialidad*;» y por ende no transigen con que el pobre, rendido por el trabajo cotidiano, se limite, por único consuelo, á tumbarse á roncar sobre una mala cama á la hora en que se albergan las gallinas. Y en prueba de que no hablan sólo por *el aquél* de abrir la boca, no bien se *coge* el maíz, y se siega el pelo de la *toñá* (la yerba de otoño), y se *derrotan* las mieses, y comienzan los pelados bardales á llorar gota á gota por las mañanas el rocío de la noche, ya los tienen ustedes brindando con su cocina á todo convecino que quiera favorecerla con su presencia.

Y la gente del barrio, que se guarda muy bien de desairar el brindis, acude solícita á ella, y hasta la hace *de moda* entre la rústica sociedad.

Estarán ustedes cansados de leer en la grave prensa periódica de España párrafos como el siguiente:

«Magnífica estuvo, como todas las anteriores, la recepción que tuvo lugar anoche en los espléndidos salones de la encantadora marquesa del Rábano ó de la Coliflor, viéndose aquéllos poblados de cuanto más bello, elegante y distinguido encierra la buena sociedad de...»

Y esto lo dice el periodista porque presume, ó sabe, ó quiere hacer creer que concurrieron á los salones espléndidos de la encantadora marquesa del Rábano ó de la Coliflor, la seductora baronesa de la Ortiga, la adorable condesa del Pámpano, las hechiceras señoritas de Azafrán, la interesante viuda de Mogol, el opulento banquero Potosí, el ilustre diplomático vizconde del Tornasol, el mimado poeta Aljófár, el lisonjero folletinista que lo cuenta, Farabe, y el artista sublime más en boga en el regio coliseo, si de Madrid se trata.

Pues bien; pregunten ustedes por las hilas de tío Selmo en el pueblo en que éste vive, y le dirán sus convecinos, uno á uno, ó á coro si se prefiere:

—¡Maníficas! ¡de lo mejor!

Lo cual equivale, allí donde no hay prensa ni revisteros de salones, al reproducido suelto de los periódicos del «gran mundo.»

Porque á la cocina de tío Selmo concurren, infaliblemente cada noche y todas las del in-

vierno, amén de otros eventuales, los siguientes personajes:

Tanasio Mirojos.—Maduro de edad, largo de talla y no muy limpio de porte, mediano labrador, pero gran carretero. Gusta mucho de «estar al tanto» de lo que pasa por el mundo, y es un almacén de cuentos y romances.

Pólito Redondo.—Cuadrado de espaldas, angosto de frente, recio de pelo y barba, cetrino de color y duro de entendimiento. *Amaña*, es decir, resume todo lo que oye á los demás para comprender algo de ello; pero al cabo se queda siempre en ayunas, porque tiene peores amañadores que entendederas.

Lencio, Cencio, Delencio, Endilencio, ó como ustedes quieran, pues por todo responde menos por Indalecio, como le nombró en la pila su padrino. Tiene escasos cuarenta y cinco años, y no fuma, ni vota, ni se enfada nunca; su fuerte es la *elocuencia*; y como también es *erúdito*, resuelve de plano cuantas dudas científicas, históricas, ortográficas y etimológicas se le consultan. Pone la pluma como un maestro de escuela, y no hay cuenta que se le resista, desde las de *medio-partir* y *partir por entero*, hasta las de *cuartos-reales* y *compañías* inclusive.

Gorio Tejares.—Ex-soldado del ejército, ha corrido muchas tierras, y no se la deja pegar

de ningún listo. Trató con intimidad, durante el servicio, á todos los generales por quienes se le pregunta. O'Donnell le convidaba á café y copa tres veces á la semana, y pasando un día con su regimiento por la Plaza de Palacio, la Reina, que estaba al balcón, le echó los galones de sargento. Pudo haber llegado á capitán, pero le tiraba mucho el pueblo, y no quiso reengancharse.

El Polido.—Corto de estatura, flaco y torcido de piernas y chupado de jeta, mal vestido y peor alimentado. Su manía es hacer creer á los demás, siempre y á todas horas, que acaba de comer y que revienta de harto.

Tío Ginojo.—Más antiguo en el mundo que las viruelas, sordo de un oído, torpe del otro y sin pizca de memoria: se duerme en cuanto se sienta.

Silguero.—Mozo presumido y seductor irresistible, bailarín consumado y, sobre todo, gran entonador de *Kiries*, *Glorias* y *Credos* en misa mayor; habilidad que constituye su mayor orgullo y le ha valido el honroso mote, mal pronunciado, de *Filguero*, con que se le conoce.

Tía Cimiana.—Mujer de Tanasio: «tiene gloria en las manos» para cortar sayas y jubones, y es por eso la única *costudera* del pueblo.

Sabel.—Moza robusta y potente, ancha de

encuentros y *caderas*, alegre de ojos y suelta de lengua.

Chiscona.—Digna pareja de Pólito, y no hay más que decir de ella.

Clavellina.—La antítesis de Sabel, pequeña, sonrosada, muy compuesta y algo *parada*.

Mari-Fuana.—Mujer de seis pies de talla, flaca y curtida, es una notabilidad para salar tocino y curar de la *palotilla* á las chicas pálidas.

Y la *Rijiosa.*—Apreciable mitad del Polido, con un genio de doscientos mil demonios, pero con una gracia especial para sembrar á *chorco* y *empozar* lino.

Es decir, lo más escogido de la buena sociedad del barrio.

Las mujeres van á la hila provistas de rueca y *mocío* de estopa ó madeja de cerro. Por una excepción, que se comprende bien, tía Cimiana suele llevar obra de aguja y tijera, según se encuentre de atareada. Los hombres no llevan nada, ó, cuando más, un taco de madera para una *llavija*, ó un haz de mimbres retorcidos para *peales*.

Para colocar á todos los tertuliantes, hay en la cocina del tío Selmo tres grandes bancos de roble, muy ahumados, que, con el largo poyo de la pared, forman un espacioso rectángulo, dentro del cual queda la lumbre, en *llar bajo*, ó sea en el santo suelo.

No hay, como ustedes pueden comprender, lacayo que vaya anunciando á las personas que llegan. Allí se cuele todo el mundo como Pedro por su casa. De todos modos, sería ociosa aquella ceremonia, pues mucho antes de que el tertuliente se anuncie á sí propio en la cocina con el saludo obligado de «Dios sea aquí,» «el Señor nos acompañe» ú otro del mismo laudable género, se ha dado á conocer perfectamente. Tío Ginojo, por ejemplo, porque se le oye dar en la calleja una en los morrillos y ciento en las pozas con sus almadreñas; el Polido, porque las que calza, no teniendo clavos y siendo muy viejas y desiguales entre sí, suenan á madera rota; Pólito, que las gasta con *tarugos*, porque cuando pisa con ellos, sus golpes parecen de mazo de *encambar*; Silguero, por las *tiranas* que entona; Mari Juana, por los golpes de tos «que la ajuegan;» Gorio, por las *dianas* que silba, etc., etc.

Que las mujeres van á hilar á casa de tío Selmo, debe haberse presumido desde el instante en que yo dije que llevan rueca y lino.

Con este dato, adivine el perspicaz lector por qué se llaman hilas y no *soirées* ni *recepções* las tertulias montañesas del género y calidad de la que yo voy á describir.

Y cuenta que al hacerlo me cabe la persuasión de que en ello rindo un tributo que, en

buena justicia, se debe á las rancias costumbres de mi tierra. Siglos, acaso, hace ya que en ella están siempre abiertas centenares de cocinas á la mayor recreación del vecindario. En ellas vienen exhibiéndose millares de bellezas vigorosas, de ingenios peregrinos, de tipos y escenas que hubieran envidiado, para su gloria, los pinceles de Goya y de Theniers; y no obstante, no han logrado una pluma que los ensalce y los sahume, ó siquiera los *reviste* á la faz del público, hoy que en el gran mundo no se come una mala raja de salchichón, ni se hace una cabriola, ni se suelta un vocablo ingenioso, sin que las cien trompas de la fama cuenten, enaltezcan y sublimen el suceso desde el folletín de los periódicos más en boga, y le lleven en alas de éstos hasta el último confín de la tierra.

De lamentar es, por otra parte, que la falta de esas plumas privilegiadas haya de repararse con la mía, indigna por tosca y mal tajada, de empresa tan difícil; pero si la buena intención es algo, á la que me guía me amparo por excusa, y en ella confío para que los apreciables tertuliantes de tío Selmo Lombío me dispensen su más amplia y cordial indulgencia al encontrar sus retratos en las humildes páginas de este libro.

Nada más grato para tía Ramona, nada que

más la recree, que ver llegar al último de sus tertuliantes y contemplarlos en seguida á todos llenando los tres bancos de la cocina.

Para solemnizar debidamente momentos tan placenteros, toma del *rincón de la leña* la mejor mata de escajo, y la arroja sobre el montón de gruesos tizones que empiezan á quemarse en el llar. La vacilante escasa llama prende las secas apiñadas espinas de la mata, y bien pronto una columna de fuego sube chisporroteando hasta más arriba del *sarzo* del desván, iluminando los rostros de la hila sobre el fondo negro lustroso de las ahumadas paredes, con una luz que entusiasmara á Rembrandt, si dado le fuera resucitar para contemplarla.

Con esta salva se inaugura cada noche la tertulia. Las mujeres aprovechan la *lumbrada* para preparar las rucas; los hombres sus velortos, navajas y tacos de madera.

Tío Ginojo, que ocupa siempre uno de los ángulos del poyo, con el fin de tener cerca de los pies la *jornía*, ó cenicero, al sentir la primera bofetada de la llama, saca las manos de los respectivos bolsillos, mete una brasa en la pipa, le tira tres chupadas que suenan como tres pistoletazos... y vuelve á su estupor crónico.

No es raro que la sesión comience por un rosario, á cuyo final se pida por cada uno de

los muertos del pueblo, que recuerde la memoria de Cencio, que reza delante.

De todas maneras, es seguro que á la media hora de constituida la hila, toma, salvas ligeras variantes, el siguiente rumbo:

—¡Uno de los buenos, tío Tanasio!

—¡Que nos haga de reir!

—De ladrones y encantos, que son más divertíos.

—De lo que él quiera, ¡condenius, pedigones!

—Si digieris de lo que yo sepa, digieris más verdá.

(Tanasio es hombre que gusta hacerse rogar en estos casos, pues cree que de otro modo desprestigia su ingenio.)

—¡Hombre, pues no dice que!.. ¡Si sabe usted más cuentos!

—Pero si tós vos los he contao ya.

—Menos los que le quedan en el magín.

—Marrecelo que delgano... Pero, en fin, veremos á ver si estrujando, estrujando, sale daque cosa.

Silencio profundo.—Tanasio medita.—Pólito se soba los dedos, se rasca la cabeza á dos manos, abre medio palmo de boca y clava sus ojazos verdes en el narrador.—Cencio se dispone á resolver las numerosas dudas que del cuento puedan surgir.—Silguero se contonea,

cruza las piernas y se atusa el pelo mirando tierno á Clavellina.—El ex-soldado se encara con Sabel.—El Polido eructa como si le llegara la cena á la garganta.—Las mujeres, hila que hila.—Tío Ginojo se recuesta contra el poyo, bosteza y mete un pie en el montón de ceniza.

Al cabo de un rato dice Tanasio:

—Con que en el supuesto, vos contaré el cuento de *Arranca-Pinos* y *Arranca-Peñas*.

—Ya se contó anoche.

—Enestonces vos contaré el romance de *don Argüeso*.

—También se contó.

—El del *Soldado*.

—¿Cuál es ese?

—Estaba una señorita
sentadita en su balcón;
pasó por allí un soldado
de muy buena condición...

—Se contó antanoche.

—Cuando yo vos decía que toos vos los había contaos... ¿Sabéis el cuento de *Rosaura del Guante*?

—Está contaos tamién.

—Pus, ojo, que allá va uno que nunca habéis oído.

Atención general.

—Amigos de Dios...

Una palabra, con permiso de Tanasio. Reproduzco íntegra su narración, porque el estilo de los cuentos populares de la Montaña tiene un sabor especialísimo de localidad que yo debo dar á conocer.

Oigan ustedes ahora á Tanasio.

—Amigos de Dios; éste era un pastor de tierra de gentiles; y siendo un pastor...

—¿Qué son gentiles?—pregunta Pólito.

—Pus gentiles,—responde Tanasio algo apurado, mirando á Cencio,—gentiles, á mi modo de ver, deben ser, así, como quien dice... ¿no es verdá, Cencio?... ¿A que Cencio lo sabe también?

Y Cencio, con aire de la más hinchada importancia, encaja sin pararse en barras la siguiente explicación:

—Gentiles es bien sabido que son unos vivientes que viven en islas acuáticas, y son gigantes muy robustos de fegura corporal... y no tienen iglesias ni tampoco señores curas, y se comen los unos á los otros, si á mano viene.

—¿Lo oyes, Pólito? Pus eso lo saben hasta los mozucos de la escuela.

—Pero como yo no la ne tuvido, por eso lo pregunto. Ahora ya lo sé pa sinfinito.

—¿Y lo sabes bien?

—¡Ni aunque yo fuera tan torpel... Pus me

paez á mí que la cosa tien poco que estudiar. Los gentiles son unos seres corporales que viven en las iglesias y se comen gigantes acuáticos.

—¡Ave María Purísima!

—Qué ¿no es eso?

—¡Sí, hombre, sí!

—Es que por las risas paeía que no... ¿Y qué es eso de acuático? aunque sea mala pregunta. Digo yo que será cosa de caramelo ó de azúcar.

—Acuático—responde el grave Endelencio, —declina de los mares mayores... porque estas islas de los gentiles están entre aguas de los mares...

—Pus estonces, las islas serán á manera de barcas.

—Islas—añade el erudito un poco asustado ya por la extensión geográfica que van tomando las dudas,—son unos lugares encultos y de mucho matorral; y tan aina las hay acuáticas, como de tierra firme; sólo que entonces se llaman islas *Celepinas*, porque están en Morería.

Lo mismo queda enterado Pólito de lo que son islas que quedó de lo que eran gentiles; pero como no es cosa de pasar la noche en semejantes explicaciones, se da la duda por aclarada y continúa Tanasio:

—Siendo un pastor de tierra de gentiles, este pastor diz que conocía toda herba del campo y con ellas curaba que tenía que ver. Le dolía á usté salva la parte: le untaba él con la herba del caso, y sanaba usté; que el otro tenía un lubieso: pues, señor, ahí va la herba, y fuera con él al minuto; que el de más allá perecía de tercianas: dábale la herba respetive, y largo las tercianas. De modo y manera es que too el mundo se valía del pastor pa las melicinas, motivao á lo que los cerujuanos y los boticarios de veinte leguas á la redonda no le podían ver.—Pus, señor, sépanse ustedes que este pastor no bajaba al pueblo más que los domingos; y como era buen mozo y manífico bailador, después del rosario se iba al corro; y diéndose al corro, no le gustaba jugar á la brisca ni á los bolos; y no gustándole, se pasaba la tarde baila que te baila con una misma moza, respetive á lo que tomáronse los dos mucha ley y conviniéronse en que, malas penas entrara él en quintas, se habían de casar si no le tocaba soldao. Bueno. Amigos de Dios, évate que una tarde estaba el mi pastor en la sierra toca que toca el caracol, tumbao debajo de una cajiga; encárase con él un caminante de lo más bien portao que podía verse, como que llevaba sombrero fino, bastón de puño de oro, levita y cadena de reló. Apárase de pron-